

Despedida en el puerto

-Y entonces... ¿dices que no eres de aquí?

-¿Acaso ves que tenga cola?

La sirena meneó la cabeza y se irguió un poco más, apoyándose en el puerto y salpicando al viajero que se estaba refrescando los pies. Llevaba una mochila enorme a la espalda y se estaba muriendo de curiosidad. ¿Quién necesitaba llevar tantas cosas encima?

-Hay más humanos aquí, pensé que serías uno nuevo.

-Normalmente no aparecemos por generación espontánea, pero supongo que nunca te han enseñado un bebé. No, vengo del sur. Allí no hay sirenas, ¿sabes? Creo que el agua es demasiado cálida.

Arrugó la nariz. Sí, podía entenderlo. A ella le gustaba fría, cuanto más helada mejor. Había días en los que salir de las profundidades era todo un reto, pero al final la promesa de algo nuevo en la superficie siempre lograba arrancarla de su letargo. No era la única a la que le pasaba. Sus hermanas adoraban meterse con los marineros y conocía a un par que se dedicaban a ayudarles con las redes. La comida era una necesidad universal.

-Pero entonces, ¿de dónde vienes? ¿Hay más como tú?

Al fin y al cabo, si bien era claramente un humano, no terminaba de parecerse a los que estaba acostumbrada. Su piel era tostada y su pelo completamente negro y acaracolado en lugar de claro y liso. Tenía una sonrisa preciosa, más enérgica que tranquila. Toda su persona parecía estar botando de emoción en el sitio aunque estuviera completamente quieto. Le gustaba su energía, aunque en parte le hacía querer volverse a un rincón fresquito a dormir otro rato. Era demasiado para ella, pero le fascinaba que existieran seres así. Pidiendo permiso con la mirada, se irguió otro poco apoyándose en sus rodillas y empapándole mientras le observaba de cerca.

El viajero se dejó, conteniendo una risa. Le habían contado que las sirenas eran criaturas curiosas, pero no imaginaba que hasta ese punto. Inclino la cabeza mientras sonreía y dejó que le acariciara el pelo. Vio de reojo cómo la boca de la sirenita se convertía en una perfecta "o" y supo que ese día ya había visto algo inolvidable. Era pálida, muy pálida. Más incluso que los humanos en esa parte del mundo, al lado de él parecía translúcida. Todos sus rasgos eran dulcemente afilados, de alguna manera. Se preguntaba si sus escamas serían capaces de cortarle como decían las leyendas, pero aunque estaba tentado no iba a comprobarlo. Se contentaba con dejarse acariciar, empapado en el puerto. Al final, satisfecha su curiosidad, la sirenita se apartó y el viajero sonrió todavía más, sacando los pies del agua.

Ella le observó intrigada mientras le veía abrir la mochila y sacar un extraño... objeto. Eran varios palos unidos entre sí, de distintos tamaños. Se los llevó a la boca y... sonó. Dio un

respingo y se sumergió un poco, pero en seguida volvió a salir para seguir investigando. Le recibió la risa del hombre, que se apresuró a disculparse por haberla asustado.

-Debería haberte avisado. De donde yo vengo, las utilizamos para hacer música. Es una flauta de pan.

-Oh. Aquí tienen flautas, pero no como esas. Toca más, por favor.

Y tocó. Pasada la emoción inicial, era una música dulce, llena de cadencias que a la sirenita le eran ajenas. No era capaz de predecir el ritmo, pero el tono la abrazaba de forma cálida. Aún prefiriendo el frío, supo que podría acostumbrarse a eso. También sabía que no lo haría. Cuando la canción terminó, se hundió en las profundidades. Volvió a salir llevando en la mano una de sus caracolas preferidas. Era pequeña, entre violeta y rosácea con motas rojas a cachitos. Se la tendió al viajero con una sonrisa.

-Un regalo por otro. Así podrás enseñársela a las caracolas de tu tierra y también ellas aprenderán algo nuevo.

El viajero estuvo de acuerdo y cogió la caracolita con solemnidad y delicadeza. Antes de marcharse, se arrodilló en el puerto para que la sirenita pudiera acariciarle la cabeza por última vez. Se planteó pedirle que acompañara a su barco un rato para seguir hablando, pero no quería amargar lo que estaba siendo una dulce despedida. En lugar de eso le regaló una última sonrisa y le guiñó un ojo, antes de alejarse para subir por la plataforma de madera.

Como no se lo había pedido, no se sintió obligada a acompañarle un cacho, pero lo hizo igualmente. Nadó perezosamente detrás del barco mientras este cogía velocidad y en lugar de hablar simplemente se miraron. Sabían que no volverían a verse, pero habían pasado un buen rato. Uno inolvidable.

Era un buen recuerdo, el mejor de los regalos.

